



EL ARTE DE LOS JÓVENES,
A PROPOSITO DE JARR

Hasta los años ochenta, la reflexión crítica y el mercado intentaron estructurar el universo artístico como si de una secuencia lógica se tratase. Cada biografía no era sino un camino, sobre el que la evolución implacable establecida permitía al artista ir mutando su trayectoria desde el pasado reciente hacia el futuro, en cuyo contexto el presente no era sino un tránsito, una espera hacia otro lugar, configurando así una fugacidad que favorecía los procesos mercantiles y especulativos.

La suma de aquel modo de conformar el desarrollo de cada uno de los creadores se conformaba de un modo semejante y todavía se hablaba de la sólida estructura de las tendencias, a las que inexorablemente se veían adscritos los autores, en especial aquellos que

comenzaban. Cuando la postmodernidad fue definitivamente desmontada como estructura teórica emanada del propio mundo "moderno", apareció la desnudez de un universo artístico desestructurado, en el que se vieron inmersos todos los jóvenes que emergían durante los años noventa.

Sin embargo esta nueva e inconcreta posición, permitió una nueva lectura de la historia estética del siglo XX y todos nos dimos cuenta de que nada había sido como parecía, porque numerosos artistas que no habían sido adscritos previamente a corriente alguna nos surgían con un interés y una lucidez inusitada. Sobre este panorama revisionista y crítico se retomaron las apreciaciones analíticas acerca de la artísticidad potencial de las nuevas tecnologías: el arte electrónico, la inteligencia artificial, la realidad virtual por inmersión, la robótica o la extensión de la conciencia a través de los sistemas telemáticos. Un universo experimental en el que sin duda anida una parte de los procedimientos artísticos que nos acompañarán a lo largo del siglo XXI.

Pero como sabemos, hace ya mucho tiempo que el asunto de los lenguajes ha sido superado volviendo al punto de partida: el ser humano, el hacedor de formas estéticas significantes que ahora se halla inmerso en una distinta coyuntura. De este modo la cuestión es múltiple, porque, como todos acercamos a entender, los procedimientos influyen poderosamente en la configuración estética, pero también inferen sobre ella los distintos modos a través de los cuales el hombre – también como artifice- intenta explicarse/nos el mundo, en un espacio como el contemporáneo en el que la espectacularidad y la apariencia, intentan desplazar a las verdaderas cuestiones.

Parece indudable que afortunadamente hemos recuperado la inestabilidad, lo que al mismo tiempo significa

que la libertad alcanzada es cada vez más comprometida, por ello probablemente no estamos dotados para determinar a las figuras emergentes con la misma fluidez que lo podíamos conseguir hace tan sólo unos años. En estos momentos de la cultura fast-food, nadie se atreva a apostar por nada y será el tiempo el que nos permita destriar entre la maraña promocional de las instituciones del mercado estético aquello que en realidad, puede valer la pena como testimonio del espíritu de nuestra época.

En ese campo de acciones surgen jóvenes con un alto grado de sensibilidad que desean proyectarse, introducirse en el espacio de la comunicación de los procedimientos plásticos, intentado canalizar a su través los universos expresivos que en sus mentes se conforman. Son millares los que aparecen cada año con el sincero deseo de relacionarse a través de la experiencia estética, como afirmación de una necesidad vital que desean compartir con los demás.

Es aquí donde sitúo a Jarr, un artista en formación, con una base emotiva desarrollada a través de la danza, que bucea en el lugar de la pintura buscando hallazgos relacionales con el universo que le circunda. Cada una de sus obras es una exploración empírica, una apuesta personal cargada para el mismo de argumentos, pero que al mismo tiempo plantea las inevitables dudas acerca de su propia eficacia comunicadora. Así es, por otro lado, como se van trabando las biografías, porque en este lugar inmediato de las apuestas imposibles, o aguardamos al poso de los contenidos para el paso del tiempo, o todo puede desvanecerse, como arrebatado por el viento.



Litografía con pan de plata sobre cartón, 45x68x60 cm. (cada una)

Manuel Muñoz Ibáñez

Director General de Patrimonio